

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50'Id.—La subscripción se contará desde 1.º y 18 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción, Isaac Peral 24.—Administración: General Aznar, núm. 10.

DR. PEREZ MATEOS
Especialista
LAS ENFERMEDADES DE LA
GARGANTA
Nariz y Oído
Marcerá corta temporada
Cartagena, recibiendo en
consulta a sus clientes todos los
días laborables, de 10 a 12, en
sus habitaciones del Hotel —
Francia
Hotel Francia

llamando a lo futuro
En una revista inglesa hemos leído algo que nos ha causado un profundo dolor.
El coeficiente de la natalidad española desciende, y desciende con rapidez, según demuestran los datos estadísticos que sirven de base al estudio en que nos ocupamos.
La ciencia estadística uno de los grandes fundamentos de la proyección de los pueblos que hundían vida, y, por tal razón, es muy probable el abandono en que se ha caído desde que parece se siente España hacia los estudios estadísticos.

El poco vale que nuestro Instituto Geográfico y Estadístico sea modelo de organismos de su género, si aprovechamos, gobernantes y gobernados, los datos y noticias que nos facilita y no modificamos, con arreglo a las indicaciones que de tales se deducen, nuestra vida en diversos conceptos en que es aplicable.
El terreno, gran nación en tantos aspectos, cuidan extraordinariamente de los estudios de estadística que se sirve de ellos como tal vez en alguna no lo hace.
El estudio que hemos leído una perfecta y acabada, en la que el autor expone el resumen numérico de la natalidad en todas las naciones civilizadas, y hace alusivas observaciones acerca del descenso que en varias de ellas se observa en la cifra de los nacimientos.
El aumento en la cultura, al punto de la civilización, responde, en lo general, un descenso en la cifra de los nacimientos.
Ello obedece, y doloroso es confesarlo, a las dificultades materiales que se presentan en las naciones más cultas.

El descenso que es causa, que es origen del empobrecimiento de las naciones.
El refinamiento de las costumbres, con su incontrarrestable tendencia a la mollicie: las modas aborrecidas, el temor a la santa maternidad que hace que las mujeres tengan punto de contacto con la mujer Luis XV, son las bases de este descenso de la natalidad, que en España no llega a las proporciones mortales de Francia, bastante a preocupar a las personas que esperan de lo porvenir el bienestar de la nacionalidad.
Han comenzado la recaudación, elevándose la suma recogida a más de diez mil duros.

la vida, supuesto que es forzoso alimentarlos, educarlos, capacitarlos, en fin, para la lucha de la vida; pero, sin negar que algo de disquisición filosófica encierra, hemos de reconocer que el estudio del escritor inglés merece atención y reclama que los hombres de buena voluntad, que las mujeres, que los gobernantes, fijen su atención en el problema, atendiendo a lo que ocurre en Francia y comienza a suceder en otros países europeos.

Un hombre, fuera de su valor moral en el concierto de la Humanidad, es un valor en efectivo; es un valor en pesetas, bien considerado como una máquina, como un creador de fuerza y riqueza con su trabajo en el interior de la nación, bien considerado como un producto de exportación que puede crear riqueza en país extranjero, con beneficio para la nación en que vivió la luz ó con beneficio para la nación en que realiza su esfuerzo.

Por tal razón que no se precisa discutir, restar un nacimiento a la Humanidad es defraudar los altos destinos del hombre.

No puede llegarse, a lo menos en los tiempos presentes, a estimular el crecimiento de la familia con premios en una u otra forma dispendiosos, pero si pudiera hacerse ya algo en tal sentido, que fuera la base de un estado legal, que evitara, siquiera en parte, el daño que se avecina.

La inspección médica, previa para el matrimonio; la rigurosísima inspección sanitaria verificada sin descanso, sin debilidades ni complacencias en determinadas esferas; la inspección de los alimentos; los premios a las familias que más higiénicamente tengan dispuestos sus hogares, son medios rápidos de acrecer la natalidad y fortalecer, uniendo a esto los ejercicios de la gimnasia sueca y la vida en pleno campo, siquiera una vez por semana, la raza española, no tan fuerte como en tiempos ha sido, ni tan prolífica como es hoy necesario.

Es forzoso acudir a remediar el mal, con toda rapidez, con toda premura y de no hacerlo, los daños serán incalculables, de trascendencia enorme.

Miremos serenamente a lo porvenir y capacitémonos para la lucha, cada día más violenta, de la vida.

Y para luchar es necesario tener, sumar combatientes aptos para la lucha.

Hombres y hombres fuertes, y hombres capaces física é intelectualmente para el batallar de la vida, son necesarios a España.

Sin el niño de hoy, no tendremos el hombre de mañana.

Casa Española

Madrid 31-9 m.
Dicen de San Sebastián que Lema ha manifestado que los elementos prestigiosos de la colonia española de Manila, han pensado construir un gran edificio que se denominará Casa Española.

La idea ha sido acogida con gran entusiasmo, habiéndose iniciado la suscripción.

El presupuesto para el edificio, calculase ascenderá a ciento cincuenta mil duros.

Han comenzado la recaudación, elevándose la suma recogida a más de diez mil duros.

SEGUROS MARITIMOS
El Lloyd Alemán
Hermanos Escamea

De Sociedad

Procedente de la Corte, hemos tenido el gusto de saludar a nuestro querido amigo y paisano el culto letrado D. Juan Laymón, hijo de nuestro inolvidable amigo don Ramón (q. e. p. d.)
Bien venido.

—Después de haber pasado la temporada veraniega en sus posesiones de Los Alcázares, ha regresado a ésta acompañado de su distinguida familia, nuestro apreciable amigo el rico propietario don Juan Dorda.

Bien venidos.
—En los primeros días del próximo mes, se celebrará la boda de nuestro apreciable amigo el ilustrado ingeniero de minas y Alcalde de esta ciudad, don Carlos Tapia, con la bella y distinguida señorita Carmen Romero y Maestre de San Juan.

—Ha regresado de la Corte a donde marchó para gestionar sobre la conducción de aguas a esta ciudad, el diputado a Cortes por esta circunscripción, nuestro respetable amigo don José Maestre.

El Sr. Maestre ha recibido muchas felicitaciones por el éxito de sus trabajos.

Jura de banderas

El próximo jueves a las diez de la mañana, se verificará en la Plaza del Hospital, el solemne acto de la jura de banderas, por los reclutas, escuderos del cupo del 1915 de los Regimientos de España, Sevilla y Comandancia de Artillería.

A dicho acto asistirá el Excmo. Sr. Gobernador Militar y todos los jefes y oficiales francos de servicio.

También asistirán a presenciar este patriótico acto los Regimientos de España, Sevilla y Comandancia de Artillería, con sus correspondientes bandas de música.

Crónica

Para la distinguida Srta. E. V.

La tarde agoniza. El disco de oro va, perdiéndose por el horizonte, estriado de rojo y azul, en busca de otros países a quienes vivificar con su calor y luz.

Sentado en una toca salla de pino y junco, bajo el entoldado bienhechor del embarcadero, contemplo el mar tranquilo que en suaves rizos viene a morir contra las rocas de las montañas que a uno y otro lado del mismo se encuentran. Mi mirada contemplativa de vez en vez se hace curiosa y vaga de uno a otro lado para ver las caras de las chicas que por allí esparcidas se encuentran.

La brisa suave, reconforta mi cuerpo entumecido por el calor del día y sacude la modorra que me domina; la orquesta preludia la serenata de Molinos de Viento, la atención de los más se reconcentra en la música y al conjuro de sus notas armónicas mi imaginación vuela al reino de la quimera. Evoco a ella, a la soñada, a la tantas veces presentida y nunca encontrada.

Mientras miro al cigarrillo, que se devanace en espirales de azulado humo, que al esparcirse en la atmósfera semeja grotescas figuras, mi mente se pinta su retrato.

Sus cabellos negros y sedosos, sus ojos azabachezcos, su tez morena, su boca de labios intenzamente rojos tras los que se ven sus niveles y cortantes dientes, sus facciones correctas y gráciles, la esbeler de su cuerpo, su recuerdo todo, acude a mi cerebro en confuso tropel.

Ha cesado de tocar la orquesta. Mal humorado, abandono aquel lugar y encamino mis pasos hacia las rocas abruptas, que azotan constantemente las aguas, para ver la obra demolidora que éstas en consorcio con el tiempo realizan sobre aquellas, semejante en todo a la lucha que mi alma soñadora sostiene con la realidad cruel de la vida. No he podido llegar al sitio donde me pro-

ponía, mis ojos nostálgicos, se quedaron un momento sorprendidos, para después brillar alegres y tomar la expresión del hombre que ama la vida intenzamente, mis pies como impulsados por un resorte se negaron a seguir andando... era que la había visto.

Instintivamente caminé tras ella, necesitaba cerciorarme, si no sería alucinación, si efectivamente era la soñada, la que ante mí tuve unos momentos, aquella que seguía.

El embarcadero estaba rebosante. Junto al spormán que indolentemente recostado en dos sillas, con los ojos sin expresión, mira al espacio, está el hombre maduro que busca un rato de solaz para su espíritu maltrecho; junto a la jovencita de modales «chic» que con sus ojos locos, coquetea con el primer «chico» «bien» que le planta cara, está la señora de cabellos de plata que al observar el «fliz», ríe melancólicamente, como recordando los años de su juventud pasada; aquí y allá parejas de locos dichosos que juntos, muy juntos se embriagan con el aliente de sus palabras.

Por entre estos seres ha cruzado ella, indiferente a todo, hablando a sus hermanitas dos lindas tobilleras, que el día que el tiempo pase quizá harán sufrir a algún hombre con sus desdenes.

No lejos del sitio en que se encuentra me acomodo, dos metros escasos me separan de ella, mi vista inquieta va de una a otra parte de su cuerpo, para admirar todos y cada uno de sus encantos.

Quisiera encontrarla, algo desagradable, suficiente a desilusionarme y no lo consigo. Se parece tanto a la preñada, que es ella misma.

En la peregrinación que por Andalucía he de hacer, he admirado, el gracejo de las sevillanas, la gentileza de la gaditana, las bonitas caras de las isleñas, la adustez de la granadina, las enormes ojeras de la malagueña, la lozanía de la cordobesa, el tipo airoso de la huelvaña.

He visto mujeres de gran belleza

y ninguna me ha impresionado como ella. En su semblante contrastan la ingenuidad y la picardía, en sus ojos negros cual noche obscura del alma, se pinta el fuego de una juventud que solo quiere vivir del amor y para el amor, el cerco cárdeno de sus ojeras denota ansia de placeres nunca soñados, sus dientes tan blancos y afilados dicen refinamientos crueles, se asemejan a hojas de acerados puñales que esperan hundirse en la garganta de la víctima, sus labios tan rojos, habían de una tragedia de celos y sangre.

Hubiese querido hablarla y no encontré ocasión. Mi contrariedad inspiró estas cuartillas, en las que revelo, lo que mi cerebro calenturiento forjó en horas de abulia y que son para ella.

Intrigada, se preguntará quien soy, al leer esto. Nada le importe.

Quizás de mí no sepa más que el nombre que oculto bajo el pseudónimo, que ya es mucho, con que supiese solo, que era uno de los pocos que la admiran, de los muchos que la desean, sería suficiente.

Otitis
Cartagena 8-915.

Exposición de pinturas

En los escaparates del establecimiento de muebles que nuestro amigo don Andrés Plaza tiene en la calle de la Marina Española, ha quedado expuestos al público los trabajos de pintura que han obtenido premios para los próximos Juegos Florales juveniles.

Dichos trabajos están llamando grandemente la atención del numeroso público que por allí desfila y dedica frases de elogio al jurado de la sección artística, formado por nuestros amigos D. Miguel Díaz Spottorno y D. Vicente Ros, por el acierto y justicia que han tenido al premiar dichos trabajos.

Reciban nuestros plácemes los jóvenes autores de tan hermosos trabajos, así como la Junta organizadora de dichos Juegos Florales que con tanto acierto dirige nuestro apreciable amigo D. Mariano Saez.

— 28 —

envueltas en sendos abrigos cruzaron el portal y salieron a la calle. Luis las adivinó, no necesitó ver las caras para conocerlas. A prudente distancia para no hacerse notas siguió tras ellas y poco después las vió detenerse a la puerta de su casa.

Oculto en una esquina aguardó que abrieran, y cuando entraron y la puerta se cerró, con la cabeza inclinada y el paso tardó tomó el camino de la suya.

Por el montante se la luz dibujando dislocadamente en la estucada pared de la escalera los retorcidos hierros que le defendían.

El haber subido a oscuras le hizo observar aquella anomalía. Inquieto, buscó la cerradura cuando la puerta se abrió.

— ¡Gracias a Dios, señorito!..

— ¿Qué ocurre?

— No se alarme usted; pero no veía la hora de que usted viniera.

— ¿Está peor la señora?

— Así que usted se marchó empezó a quejarse, luego se quedó como adormilada, habiéndome mandé al portero en busca de don Ramón y aquí he estado más de una hora esperando a usted. Mandó por unas medicinas, y,

— 25 —

Si la tarde fue interminable... la noche, eterna. Vagó al azar en todas direcciones con sus pensamientos. Todos sus proyectos de pocas horas antes se desvanecieron al simple contacto de la realidad, su pobre madre de una parte, su dignidad de hombre de otra, le impedían tomar ninguna resolución. Ya se había humillado bastante. ¿Trató ella por algún medio de acercarse a él, aunque sólo hubiera sido para tratar de convencerle? No. ¿Qué demostraba aquello? Indiferencia, una solución, quizás meditada desde tiempo... Quién sabe de lo que es capaz una mujer... Por otra parte su pobre madre, sin otro apoyo ni más cariño que el suyo sobre la tierra, no merecía aquel horrible golpe con que de pensamiento la había amenazado. E o sin contar que muerto él y su pobre madre sola y abandonada era la única víctima... porque la otra... pasada la primera impresión, con el aturdimiento de su nueva vida, al mes como si no hubiera sucedido... Un hombre que se había quitado por ella la vida, avaloraba en mucho sus cualidades. Sería nuevo atractivo que para los demás la haría aún más codiciada.

Luego, sus creencias de hombre cristiano le impedían pensar en el suicidio, y aún menos en él crimen, por muy pasional que fuera. Había estado loco, al imaginar tales disparates.